

**“DOS HOMBRES JUGANDO COMO PERROS”:
DE CÓMO UNA VISIÓN FUE TRANSFORMADA EN BASURA,
LUEGO NOVELADA, GLOSADA Y RECICLADA**

*“Two Men Playing Like Dogs”: How a Vision Was Transformed Into
Trash, Then Noveled, Glossed and Recycle*

OCTAVIO PÁEZ GRANADOS
UNIVERSIDAD DE GINEBRA
CECH – UNIVERSIDAD DE COÍMBRA (SUIZA-PORTUGAL)
ottavitopaez@yahoo.com.mx

Resumen: partiendo de la persecución que la burocracia novohispana puso en marcha contra un grupo de sodomitas en la Ciudad de México (1657-1658), se abordan una serie de problemáticas: el tratamiento de “basurización” que la burocracia virreinal dio a estos hombres, el concepto de «burocracia novelada» y la reutilización de los hechos registrados por el acto burocrático en obras posteriores. Se comentan algunos ejemplos de reciclaje temático del caso mencionado en obras de carácter académico y literario. Con más detenimiento, se comenta la obra poética titulada “Sodomía en la Nueva España” (2010) del autor mexicano Luis Felipe Fabre.

Palabras clave: sodomía, Nueva España, burocracia, Luis Felipe Fabre

Abstract: starting from the persecution that the New Spain bureaucracy launched against a group of Sodomites in the City of Mexico (1657-1658), a series of problems are approached: the “garbaging” treatment that the viceregal bureaucracy gave to these men, the concept of a “novelistic bureaucracy” and the reuse of the facts recorded by the bureaucratic act in later works. Some examples of thematic reuse of the above mentioned case are discussed in works of an academic and literary nature. In more detail, the poetic work entitled *Sodomía en la Nueva España* (2010) by the Mexican author Luis Felipe Fabre is commented.

Keywords: Sodomy, New Spain, Bureaucracy, Luis Felipe Fabre

El testimonio de Juana: “dos hombres jugando como perros”

Ciudad de México, virreinato de la Nueva España, 27 de septiembre 1657.¹ La mestiza Juana de Herrera, mientras lavaba ropa en la albarrada de San Lázaro, fue abordada con gran alboroto por dos muchachos para que fuera a ver a “unos hombres que jugaban como perro”. La susodicha —dejando sus menesteres— caminó cierta distancia desde donde estaba y pudo ver bajo unos sauces a dos hombres, uno encima del otro y ambos sin calzones, cometiendo el “pecado nefando”. Según declaró Juana de Herrera, el hombre que estaba encima —y que ocultaba con su capa al de abajo— era Juan de la Vega; un mulato de la Ciudad de México a quien la testigo dijo conocer desde hacía diez o veinte años. Asimismo, la implicada declaró que no tuvo el coraje de acercarse por miedo a que la mataran.² Asustada, volvió a recoger sus bultos y fue a presentar una denuncia ante el alcalde don Juan Manuel de Sotomayor.³

El alcalde Sotomayor inició averiguaciones y pronto supo que el mulato Juan de la Vega era vecino del barrio de San Pablo e inquilino de doña Melchora de Estrada. Cuando Sotomayor se presentó en el domicilio, Juan de la Vega ya se había trasladado a otro alojamiento. Interrogando entonces a otros arrendatarios de doña Melchora de Estrada, topó con el indio Tomás de Santiago quien describió a Juan de la Vega como un multado afeminado que prefería el apodo de “Cotita”, que venía ser lo mismo que mariquita. Tomás de Santiago declaró también que cuando de la Vega caminaba, bamboleaba las caderas, usaba un pañito en la frente llamado “melindre” (normalmente utilizado por las mujeres en la cintura) y portaba además numerosas cintas de colores que le colgaban en las aberturas de las mangas de su jubón blanco. También dijo que el mulato se sentaba en el suelo con ademán mujeril, preparaba tortillas, guisaba y lavaba la ropa. Además, recibía jóvenes a los que saludaba y trataba por “mi alma, mi vida o mi amor”. Estos jóvenes, quienes para no ofender al mulato lo llamaban siempre Cotita, pernoctaban todos juntos en casa de éste. En una ocasión, el indio Tomás de Santiago, quien pasaba la noche en los aposentos de Cotita, con ayuda de la luz de la luna presencié como un joven mestizo de nombre Joseph Durán, de Puebla de los Ángeles, se entregaba a prácticas sodomíticas con otro muchacho llamado Gerónimo Calbo, de la Ciudad de México.⁴ Una vez terminados los interrogatorios, el alcalde Sotomayor abandonó el domicilio de doña Melchora de Estrada en persecución de Cotita/Juan de la Vega. Poco después, y una vez

¹ Las fuentes de todo el proceso que irán siendo parafraseadas, se encuentran en el Archivo General de Indias de Sevilla (que en adelante será abreviado como AGI). AGI, México 469; AGI, México 38, Exp.57 (Carta del Virrey al duque de Alburquerque); AGI, México 38, Exp.57-A (Carta del Alcalde del Crimen don Juan Manuel de Sotomayor); AGI, México 38, Exp.57-B (el testimonio) y AGI, México 38, Exp.57-C (“Memoria de los ajusticiados por haber cometido pecado nefando...”).

² AGI, México 38, Exp.57.

³ La Real Sala del Crimen era una jurisdicción criminal que dependía de la Real Audiencia. Se ocupaba de los asuntos criminales bajo la dirección de seis alcaldes del crimen (Villaseñor y Sánchez, 1748a: 37-38). El licenciado don Juan Manuel de Sotomayor fue nombrado alcalde del crimen el 24 de diciembre de 1645. Posteriormente, fue oidor a partir del 10 diciembre de 1660 y murió ocupando este cargo.

⁴ AGI, México 38, Exp.57B, 28r-30r.

localizado el paradero de Cotita, Sotomayor y sus policías irrumpieron a medianoche en sus aposentos y sorprendieron *in fraganti* al mulato con Joseph Durán, Gerónimo Calbo, Miguel Gerónimo el mestizo y Simón de Chaves el indio, todos juntos y desnudos.

El 3 de octubre de 1657, todos los implicados en la antedicha redada comparecieron ante los magistrados del Tribunal Supremo. Inicialmente, el grupo negó todo los alegatos expuestos por Juana de Herrera y Tomás de Santiago, pero finalmente todos —salvo Miguel Gerónimo— sucumbieron a la presión de los magistrados y terminaron por declarar que habían cometido el pecado nefando infinidad de veces y con muchos y diferentes hombres. Fueron revelados nombres, lugares, fechas y otras informaciones pertinentes al pecado y supuesto crimen.⁵ Las autoridades virreinales encarcelaron a otros dieciocho cómplices de Cotita de la Vega (también conocido como Cotita de la Encarnación) y emitieron órdenes de arresto para otros 106 sospechosos de sodomía. Así, en el transcurso de los interrogatorios, algunas de las personas llamadas para declarar revelaron diversas informaciones.

Juan de Correa, un mestizo de más de 40 años, confesó practicar la sodomía desde hacía por lo menos 40 años con diferentes personas. Fue sometido a exámenes médicos y los cirujanos del Tribunal Supremo "probaron" que el viejo mestizo había cometido la sodomía desde la edad de siete años. Correa recordaba con nostalgia la época en la que todavía era una "linda niña", pero a pesar de su avanzada edad, él se seguía considerando "una bella jovencita". Por otra parte, él se jactaba de haber enseñado, durante años, sus habilidades a hombres más jóvenes con quienes practicaba la sodomía con sumo placer. Recordaba siempre a sus pupilos que "uno debe comer a los hombres como se come un sapo: de la cintura para abajo".⁶ Este mestizo, también conocido como "la Estampa" (al parecer el apodo de una de las mujeres más bellas de la ciudad) organizaba frecuentemente reuniones en su domicilio, en las cuales revoloteaba de un lado para otro con su capa atada a la cintura quejándose de "males de madre". Los hombres y muchachos invitados, le regalaban chocolate para "aliviar su dolor" y lo cubrían con "tiernas expresiones de cariño" y silogismos de "aprecio, suaves y amorosos". La Estampa, era en realidad una especie de correo que informaba a los interesados sobre las futuras reuniones, con fechas y lugares. Estas reuniones frecuentemente coincidían con los días festivos del calendario religioso y tomaban como pretexto el juntarse para rendir tributo a vírgenes y santos. Por ejemplo, el indio Juan Currador, a menudo ponía a disposición su oratorio para que los devotos nefandarios pudiesen celebrar sus encuentros. A propósito de esto, y según nos informan las fuentes, imágenes y oratorios cobraban diferentes significados para muchos de estos sodomitas novohispanos.

Así lo constata el caso de otro de los implicados, el indio Miguel de Urbina, a quien los funcionarios coloniales hallaron una estatuilla del niño Jesús con el rostro, la espalda y las partes traseras quemadas. ¿La razón? Urbina confesó que un día, después de haber cometido el acto carnal con su mujer y aun yaciendo con ella en el lecho, lamentó la ausencia del hombre con el que

⁵ AGI, México 38, Exp.57B, 30r.

⁶ AGI, México 38, Exp.57B, 31r.

por lo común se comunicaba nefandamente. Lleno de rabia, el indio tomó una vela encendida y decidió chamuscar al Santo Niño. Supuestamente, la lumbre causó a la estatua ampollas, brazos hinchados, llagas y las marcas propias de un cuerpo lacerado por el fuego “dando noticia de la omnipresencia de Dios y de su desdén por las maldades de la sodomía”, escribió el magistrado Sotomayor.⁷

Pero dejando el arranque iconoclasta del indio Miguel de Urbina, volvamos a las declaraciones de la Estampa, quien terminó por comprometer las negativas de Miguel Gerónimo, el único que hasta el momento había negado las acusaciones. Entre otras cosas, la Estampa dijo que el mencionado Gerónimo respondía al apodo de “la Zangarriana”, dada su promiscuidad y en referencia a una prostituta de la ciudad conocida por ese mote, y que llegó a hospedar en su casa una de esas reuniones en donde los concurrentes practicaban el pecado nefando.⁸ Así, las denuncias de la Estampa detonaron una serie de arrestos, como el del negro Nicolás de Pisa —también de más de 70 años de edad— con quien la Estampa, se había peleado por un “guapo”. La Estampa también implicó a un tal Cristóbal de Vitoria, un español de más de 80 años, tuerto de un ojo, medio ciego del otro, pequeño de estatura, calvo y jorobado. Por su parte, este español confesó que Gerónimo Calbo, de veintitrés años de edad, (apresado junto con Cotita de la Vega) era su “guapo”. Declaró también que practicaba la sodomía desde hacía muchísimos años y que, al igual que la Estampa, había enseñado a muchos hombres a practicarla.⁹

Prácticas y nombres, con sus respectivos apodos, fueron revelados: Alonso el mestizo, alias “la Conchita”; los españoles Sebastián Pérez, “las Rosas” y el sastre Bernabé, “la Luna”; Martín el indio, con el apodo de “la Martina de los cielos” y un negro simplemente conocido como “la Morosa”, por ejemplo. De los 123 sujetos que finalmente fueron detenidos e interrogados, y de los cuales quedó registro, se pueden observar tres cosas: 1) La mayor parte eran habitantes de la Ciudad de México y de la vecina Puebla de los Ángeles; 2) Plasman la variopinta realidad racial de la Nueva España al ilustrar las principales castas que conformaban la sociedad novohispana: 33 indios, 29 mestizos, 28 españoles, 19 mulatos, 10 negros, 2 moriscos, 1 castizo y 1 portugués; y 3) Ilustran una clara relación entre casta y oficio: indios y mestizos como vendedores y artesanos; españoles siendo estudiantes y también artesanos; y negros y mulatos, generalmente esclavos y personal doméstico. Varios son pues los oficios mencionados, algunos tan particulares como un mulato titiritero y un mestizo tañedor de arpa.

La basura virreinal

Ahora bien, como suele ser dicho, la justicia no es igual para todos y según indican las fuentes, los burócratas coloniales se dedicaron solamente a capturar, interrogar y dejar registros pormenorizados de los individuos que pertenecían a las clases trabajadoras. Para los representantes de las élites sociales —clero y aristocracia— la discreción se impuso. No obstante, y gracias al testimonio del

⁷ AGI, México 38, Exp.57B, 35r.

⁸ AGI, México 38, Exp.57B, 31r.

⁹ AGI, México 38, Exp.57B, 32r.

alcalde Sotomayor y de Mateo de Sagade Bugueiro, arzobispo de México, se sabe que miembros del clero también estuvieron involucrados, e inclusive, se llega a mencionar al hijo de un regidor de la ciudad de Puebla.¹⁰ Así, algunos testimonios refuerzan la idea de que algunos de los sodomitas inmiscuidos, principalmente los socialmente encumbrados, consiguieron escabullirse gracias a la acción de ciertos "informantes". Por ejemplo (si bien no de una jerarquía social alta), el inculcado Benito de Cuebas confesó que la noche anterior a su arresto fue alertado por un desconocido para que huyera de la ciudad, ya que muchos de sus amigos estaban siendo arrestados. Infelizmente, el alertado hizo caso omiso de la advertencia y al día siguiente fue preso por las autoridades virreinales.¹¹

Independientemente de si los miembros de estos sectores privilegiados de la sociedad consiguieron escapar más fácilmente de la persecución, o de si sus nombres fueron omitidos para aminorar el escándalo, aquello de lo que quedó registro permitió que el virrey duque de Alburquerque pudiera afirmar al rey Felipe IV: "[...] no está en causa hombre ninguno no sólo de calidad pero ni de capa negra, sino todos los mestizos, indios, mulatos, negros y *toda la inmundicia* de este imperio y ciudad" (AGI, México 38, Exp.57; las cursivas son mías).

Si el virrey se equivocaba o mentía, poco importa. Lo importante es observar como a la condena de la conducta (generalizada para todas las clases sociales) en este caso se va a sumar el estigma y el prejuicio social y racial. Resulta pertinente señalar esto, ya que será a partir de esta dinámica de separación y jerarquización de grupos que las clases sociales menos favorecidas irán siendo tratadas como residuales (es decir "basurizadas") por la administración colonial, con lo que resultaron así especialmente perjudicadas. De esta manera, irán surgiendo las justificaciones necesarias para eliminar a un grupo de hombres que eran percibidos por los poderes centrales como un colectivo necesario de eliminar por el bien del sistema. Es sabido que todo sistema produce o (re)presenta elementos residuales difíciles de integrar y que requieren una gestión y un tratamiento particular para mantener el equilibrio, la dinámica y el sentido del propio sistema. Es precisamente desde esta coyuntura, que la burocracia imperial puso en marcha todo una serie de retóricas para justificar los hechos y activar así las acciones convenientes para desechar al grupo implicado que, citando a Serge Gruzinsky, "eran los únicos que pagaban con la muerte lo que era solamente la manifestación de su singularidad" (1985: 255).

Llegados a este punto, resulta conveniente señalar como se complementan y entran en juego dos realidades relacionadas con la idea de

¹⁰ Como se sabe, teóricamente el Tribunal de la Santa Inquisición era la entidad encargada de juzgar y punir a los miembros del clero que cometían algún tipo de infracción. El alcalde Sotomayor anotó: "El tribunal de la Santa Inquisición ha hecho diligencias con los reos de ella y el ordinario eclesiástico tienes presos otros exentos y de su jurisdicción, porque hasta estos se había extendido este achaque tan mortal y nefando" (AGI, México 38, Exp.57A). Asimismo, en una carta del 4 de mayo de 1659 el arzobispo de México, don Mateo de Sagade Bugueiro, menciona nominalmente a tres miembros del clero: un sacerdote llamado Diego de Saabedia, el presbítero Manuel Espinosa y un tal Fernando Gaitán de Ayala (AGI, México 38).

¹¹ AGI, México 38, Exp.57B, 32r-33r.

márgenes y residuos, y en este sentido, utilizo el término residuo como aquello que no es fácilmente asimilable por un sistema. En primer lugar el destape de esta “red”, detonó una serie de arrestos, averiguaciones e interrogatorios, que terminaron por revelar un “submundo” que conmocionó a los funcionarios coloniales. De esta manera, la figura del sodomita —hombre que representa la masculinidad disidente, “desperdiciada”, sediciosa y por lo tanto, peligrosa y contraria a la normatividad del sistema social imperante— será contestada por discursos de índole teológico (es decir, la burocracia de los asuntos del espíritu y las conductas). En segundo lugar, tenemos la ya señaladas nociones de jerarquización basadas en conceptos de raza o etnia y clase. Del concierto de ambas realidades percibidas por la centralidad como residuales y estorbosas, surgirán las justificaciones necesarias para eliminar esos supuestos “residuos”.

Desde una perspectiva literal, las palabras y la postura del virrey y del alcalde Sotomayor, refuerzan la idea de “basurización” de este conjunto de marginales que, paradójicamente, pasan a ocupar un lugar central: “Señor: desde que vine a esta ciudad a servir la plaza de alcalde del crimen, que ha doce años he tenido noticia de que el pecado nefando tiene *muy contaminadas* estas provincias [...]” (Carta del alcalde Sotomayor al rey Felipe IV, del 19 de noviembre de 1658. AGI, México 38, Exp.57a; las cursivas son mías).

El virrey habla también de “torpezas” y de la ya citada “inmundicia”;¹² Sotomayor de “contaminación”, “cáncer cundido y extendido” (nótese que, del punto de vista patológico, el cáncer se trata de un excedente celular, algo que por exceso provoca daño) o “achaque mortal”.¹³ En suma, son construidas imágenes de enfermedad, basura y epidemia, que justifican la eliminación del colectivo acusado; *a priori*, ya asimilado como inasimilable y, por ende, urgente de erradicar. Reiterando, del resultado de todo este proceso se entiende la necesidad que tienen los sistemas de deshacerse de aquello que perciben y proyectan como inasimilable y nocivo. Sólo de esta manera, tales sistemas consiguen autolegitimarse, sostenerse y justificarse. Dicho proceso, también puede ser comprendido como una manera “ejemplarizante” de tratar todo aquello que, por sus características no mayoritarias, se ve como una amenaza para el orden y el equilibrio del sistema imperante.

Juan de la Vega (Cotita) mulato; Miguel Gerónimo (la Zangarriana) mestizo; Joseph Durán; Gerónimo Calbo; Simón de Chávez, indio; Juan de Correa (la Estampa) mestizo; Cristobal de Vitoria, español; Nicolás de Pisa, negro; Benito de Cuebas, mulato; Miguel de Urbina, indio; Domingo de la Cruz, indio; Mateo Gaspar, indio; Juan de Ycita, indio, Juan Martín, indio y Lucas Matheo, mestizo; fueron sentenciados por el Tribunal Supremo a la pena capital. La juventud le salvó la vida al mestizo Lucas Matheo, un jovencito de quince años que recibió a cambio 200 latigazos y una condena de seis años de trabajos forzados. El martes 6 de noviembre de 1658, a las once horas, los catorce sodomitas novohispanos fueron quemados, tal y como suele hacerse con la basura.

Hasta ahora, me he ocupado del material que es el punto de partida para tratar algunas problemáticas y propuestas de lectura que expondré a

¹² AGI, México 38, Exp.57 (Carta del Virrey a Felipe IV).

¹³ AGI, México 38, Exp. 57-A (Carta del Alcalde del crimen).

continuación. De hecho, unas primeras cuestiones ya han sido abordadas: el tratamiento que la burocracia colonial dio a la persecución de sodomitas novohispanos y la manera como esta misma burocracia (en cuanto que representación de los poderes centrales) articuló dos realidades que resultaban inasimilables y residuales para el sistema (la sodomía y las jerarquías de raza/etnia y clase social). Hemos visto como las autoridades virreinales, por medio de ciertas prácticas discursivas, sometieron a los implicados a un proceso de "basurización" para de esta manera justificar el aniquilamiento de un colectivo incómodo, una *persona non grata* petrificada bajo la nomenclatura de "sodomita". No entraré en averiguaciones de índole teológica, legal, histórica o sociológica, sobre la cuestión de la sodomía en la época imperial hispánica, una vez que ni es el objetivo de esta aportación, ni el espacio me lo permite. Simplemente me interesa señalar (y no digo nada nuevo) como el aparato imperial hispánico (aunque no solo) por medio de uno de sus grandes baluartes —la burocracia colonial— conseguía constantemente activar "las causas justas" de la dominación. Y en este caso, entiéndase una dominación que se impone en el plano de las conductas sexuales y afectivas.

La burocracia novelada

A partir de la siguiente reflexión, se desprende otro inciso que me interesa tratar:

La burocracia se considera a sí misma como el objetivo final del Estado. Al convertir sus objetivos 'formales' en contenidos, por doquier entra en conflicto con los objetivos 'reales' [...]. Los fines del Estado se transforman en fines de escritorio, y éstos a su vez en fines del Estado [...]. La burocracia detenta la esencia del Estado, la esencia espiritual de la sociedad: es su propiedad privada. El espíritu general de la burocracia es el secreto [...] el principio de su saber es la autoridad, y la idolatría de esa autoridad su mentalidad. (Rubel, 1970: 59)

Tengamos en cuenta este círculo vicioso y pensemos que todos los mecanismos y el despliegue de trámites que el acto burocrático detona, generan una serie de "amontonamientos" de información que, si bien algunas veces resultan pertinentes, muchas otras son acumulaciones superfluas, innecesarias y hasta estorbosas. La cuestión no es —al menos en estas páginas— definir cuáles serían los "criterios de selección" para el correcto etiquetado de un determinado conjunto de informaciones burocráticas. Antes, la cuestión es como el lenguaje burocrático (supuestamente estático, aséptico y objetivo), nos llega a presentar un constante juego de "estira y afloja" entre informaciones o interpretaciones reales, imaginadas, deducidas, dramatizadas, fantaseadas, objetivadas y subjetivadas. Es decir, nos topamos con la idea de que allende del mero acto burocrático en sí, la retórica propia de este acto puede no sólo generar informaciones residuales por "defecto", sino que también las puede "crear" premeditadamente. Opté por tomar como caso de estudio, un evento sucedido en la época imperial hispánica no sólo por razones que irán tomando sentido a lo largo de estas páginas. Independientemente de este caso concreto, intento

proponer que (si bien, con matices) muchas de las “construcciones” de la retórica y del tratamiento burocrático pueden llegar a ser observadas en casos más contemporáneos.

Dicho todo lo anterior, es el momento de abordar la figura del escribano, la bisagra que articula la problemática que me ocupa. Antaño, como hogaño, la figura de este burócrata (con sus variantes: notario, secretario, etc.) tiene la función de ser aquél que anota, registra y da fe, de todo lo declarado; es decir, aquel individuo que “concreta” el hecho, el gesto protocolario. Por ejemplo, según las prácticas legales, es responsabilidad del escribano anotar toda la información que resulte pertinente para tratar un determinado caso. Como puede ser deducido, los márgenes entre lo pertinente y lo no pertinente pueden ser muy amplios, y dependerán no sólo de los protocolos legales vigentes, sino también del criterio del escribano. Es decir, técnicamente, y como la historiografía y los especialistas en la materia más tradicionales nos pueden hacer creer, el escribano debería o debe haber transcrito “textualmente” todo aquello que hubiese sido pronunciado por el declarante, con la finalidad de trazar un texto “objetivo” o una fuente factual. No obstante, el filtrado del testimonio de un declarante por parte del burócrata es tan pertinente a como se conceptualiza la escritura de la historia.¹⁴ El anotador, al registrar sus propias percepciones de los hechos y los individuos, dará pie a una cierta “parafernalia” textual que puede ser el punto de partida para una “novelización” del hecho tratado burocráticamente. Es justo aquí, donde comienza a surgir la “burocracia novelada”. Por ejemplo, y volviendo a nuestros sodomitas novohispanos, propongo un ejercicio de desescombramiento textual para ilustrar brevemente un proceso de “novelización burocrática.” Veamos el caso de Benito de Cuebas.

El hecho concreto: “el inculpado Benito de Cuebas declaró que la noche anterior a su arresto, fue alertado por un hombre desconocido. El informante anónimo le sugirió huir, pero el inculpado hizo caso omiso de la advertencia”. Lo que el acto burocrático registró fue:

El inculpado Benito de Cuebas el mulato, permaneció en prisión ocho días antes de que confesara que la noche anterior a su arresto, mientras rezaba el rosario, un gallardo muy bello y formado, con un buen cuerpo, al que nunca antes había visto, llamó a sus habitaciones y le dio instrucciones para que huyera de la ciudad porque las autoridades habían apresado a muchos de sus amigos por putos. Al día siguiente, en lugar de huir, Cuebas fue a misa en la catedral, donde de nuevo rezó con el rosario en la mano e imploró la asistencia de Nuestra Señora para que lo liberara del pecado, pero al salir del recinto fue finalmente detenido. (AGI, México 38, Exp.57B, 32r-33r)

Todo este excedente de información puede ser gestionado de diferentes maneras posicionándose más allá de lo meramente anecdótico. En primera instancia, podemos observar que toda la parafernalia informativa, detalles intrascendentes y superfluos, consiguen otorgar al hecho otra dimensión. Es decir, cuando leemos esa serie de pormenores que enmarcan y aderezan el

¹⁴ En este sentido, tomo como punto de partida y marco teórico las propuestas dadas por Hayden White en *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos* (2003).

hecho concreto, este se dramatiza. Cuando propongo la idea de dramatización no sólo hago uso del término en su sentido representativo, también lo hago en su sentido etimológico: algo que conlleva acción, movimiento. De esta forma, resulta evidente que cuando proyectamos toda esa información "innecesaria" que el escribano anota, glosa o interpreta, la dimensión del suceso pasa a tener otro impacto en el lector: el arresto de Benito de Cuebas nos asalta, nos llena de interrogantes, nos traslada a la fantasía; en suma, nos mueve los afectos.

La captura de Benito de Cuebas, presentada de tal forma que es posible gestionarla como una especie de "mini relato", pasa a formar parte de una serie de "cuentos de verdad" que se van encadenando y que terminan por conformar el amplio relato de la redada a los sodomitas novohispanos. Pensemos pues, de manera individual, en los periplos de Cotita de la Vega y su captura, la carambola de información que detonó la Estampa; o bien, en la historia del indio iconoclasta Miguel de Urbina. Este último caso resulta interesante no sólo por sí mismo, sino también por el impacto causado en al menos un lector contemporáneo —el alcalde Sotomayor— quien pasmado por el suceso "novelizó" e interpretó los sucesos a su manera:

[...] y entre los referidos de que se hizo justicia, se halló un indio ladino de buena razón, el cual era casado. Un día que se halló con su mujer habiendo tenido con ella contacto carnal, de rabia que no hubiese sido con quien comunicaba nefandamente, cogió una vela y pegó fuego a un santo niño Jesús que tenía en un altar junto a su cama. Le quemó la cara y las espaldas y se le hincharon los brazos y se le llenó el cuerpo de cardenales. El fuego hizo en él, los mismos efectos que si hubiera sido en carne humana. Como parece que remito a VM, porque cuando Jesucristo nuestro señor nació, murieron todos los sométicos como refieren algunos santos. He tenido por feliz pronóstico que cuando nace el príncipe nuestro señor, que Dios guarde muchos años, haber cogido esta complicitad y comenzando a atacar este cáncer que tan cundido y extendido estaba en estas provincias [...]. (Carta del Alcalde Sotomayor al Rey Felipe IV, del 19 de noviembre de 1658. AGI, México 38, Exp.57)

Como puede ser corroborado, el burócrata no solamente se limita a narrar los hechos con pormenores, sino que además los interpreta y glosa, otorgándoles un significado casi metafísico al afirmar que cuando Jesucristo nació murieron todos los homosexuales. Esta interpretación —nada ingenua— resulta ser una justificación más que legítima el asesinato y la persecución de sodomitas novohispanos, ya que coincide con el nacimiento del príncipe Felipe Próspero de Austria, nacido el 28 de noviembre de 1657, quien es claramente comparado con el mesías por el burócrata Sotomayor.

La reutilización de los hechos novelados

Hagamos un recuento. En primer lugar, he contextualizado un caso de archivo histórico que implica el asesinato de un grupo de hombres acusados de sodomía. Posteriormente, he subrayado el proceso de "basurización" al que fue sometido este grupo disidente y marginal por parte de la burocracia colonial.

Acto seguido, he comentado como el tratamiento y el manejo de los testimonios, ha dado como resultado una retórica particular que puede ser entendida bajo el concepto de “burocracia novelada”. Para concluir, surge un último inciso que viene a ser la consecuencia directa de todo lo anterior: el reaprovechamiento, el reciclaje y la reapropiación de este conjunto de “cuentos de verdad” englobados en un proceso burocrático. La reutilización de estas historias y de sus respectivos glosados o interpretaciones, pasan a ser no sólo narraciones de “tercera generación”, sino también ejercicios de memoria histórica y de reivindicación.

Como ya hemos visto, la persecución sodomítica de 1657 a 1658 dio pie a una serie de comentarios e interpretaciones por parte de las autoridades coloniales. Pero el pasmo y el interés por este evento han ido teniendo continuidad. Me voy a limitar a mencionar los cuatro trabajos/comentarios, que en mi opinión vienen a ser claros ejemplos de reciclaje, reaprovechamiento y reapropiación. El primero de ellos, quizá el menos “evidente”, sea la noticia que nos dejó Gregorio Martín de Guijo en su *Diario, 1648-1664* (1986):

Martes 6 de noviembre [1658], a las once horas del día, sacaron de la Real Cárcel de esta corte a quince hombres, los catorce murieron quemados y el uno por ser muchacho le dieron doscientos azotes y vendido a un mortero por seis años, todos por haber cometido el pecado de sodomía muchos años había; así residiendo en esta ciudad donde tenían casa con todo aliño donde recibían y se llamaban por los nombres que usan en esta ciudad las mujeres públicas, sí de rengue como de aire, como estando en la ciudad de Puebla de los Ángeles [...]. (106)

Esta primera nota “periodística”, fue el punto de partida para que algunos investigadores fueran detrás de los documentos que corroborasen tan “espectacular” acontecimiento. Pasaré a mencionar dos trabajos académicos, frutos de estas investigaciones, que a mi entender son los más completos sobre el asunto. El primero de ellos es el artículo de Serge Gruzinsky “Las cenizas del deseo. Homosexuales novohispanos a mediados del siglo XVII” (Ortega, 1985: 255-281) y el segundo se trata de una parte del capítulo cuarto —“Cotita y las antípodas”— del pertinente estudio de Federico Garza Carvajal *Quemando mariposas. Sodomía e imperio en Andalucía y México, siglos XVI-XVII* (2002: pp. 189- 192 y 239-248). Gruzinsky, hace una colecta de fuentes y nos presenta cifras; además de llamar la atención sobre la existencia de un “submundo” ignorado, poco estudiado y notablemente marginado, aun entre los marginados. La aportación de Garza Carvajal —más osada y extensa— toma el ejemplo como un caso paradigmático de análisis, para exponer las relaciones entre masculinidad disidente, imperio, sodomía, dominio colonial y resistencia o aceptación, dentro del marco histórico novohispano.

Allende del interés *per se* de estos trabajos académicos, resulta pertinente tenerlos en consideración ya que ambos —al igual que la noticia del *Diario* de Guijo— son la argamasa con la que el poeta mexicano Luis Felipe Fabre (Ciudad de México, 1974) construye su suntuoso y bien logrado retablo poético de sodomitas novohispanos. Fabre, nos presenta en su compendio *La sodomía en la Nueva España* (2010), un embriagador y neobarroco tríptico de

obras basadas en el asunto que nos ha ocupado: el auto sacramental "Retablo de sodomitas novohispanos", el ramillete de "Villancicos sobre el Santo Niño de las Quemaduras" y el "Monumento fúnebre a Gerónimo Calbo".

Memoria de los ajusticiados y fábrica de alegorías: Cotita de la Encarnación

El "Retablo de sodomitas novohispanos" es precisamente —tal y como el propio poema nos lo dice— una "memoria de los ajusticiados y una fábrica de alegorías" (Fabre, 2010: 39). Esta obra, breve dramatización de los infortunios de Cotita de la Vega y sus amigos, da muestras de un alto grado de refinamiento conceptual, elaborada sinestesia y riqueza de imágenes expresivas. Estos elementos, que podrían entenderse como "neobarrocos" o "barroquizantes", condicen perfectamente con el aspecto formal de la obra: un auto sacramental. Además de seguir las pautas formales del teatro áureo (una loa que antecede la obra, la obra en sí y un final de fiesta a menudo cantado y bailado), el autor —de manera puntual— hace uso de formas métricas propias de la época áurea. El uso de personajes alegóricos es notable: el Silencio, la Carne, el Fuego, el Otro, la Nada, la Santa Doctrina, la Justicia/Títere, la Suerte y la Fortuna, por ejemplo. Algunos otros personajes más "concretos", pasan a funcionar como alegorías; tal es el caso del Escribano y de Juan de la Vega/Cotita de la Encarnación, quien precisamente figura como la encarnación misma del vicio sodomítico. Recordemos que para el acta burocrática, el sodomita figura como sinónimo de basura humana y enfermedad pestilente. En el poema, el sodomita, la sodomía en sí misma, pasa a ser representada por Cotita. Juan de la Vega/Cotita de la Encarnación, representa pues la Sodomía (con mayúscula), reina de los invertidos. Juana de Herrera, la lavandera mestiza, fue el primer testigo de una imagen surgida de la nada: la ya mencionada imagen de los "dos hombres jugando como perros. El testimonio de Juana de Herrera, registrado por la pluma del escribano, bosquejó la imagen bicéfala de "la Nada que nada engendra con sus amores" (15): Cotita, el mulato agente cara de la Sodomía, quien con su capa cubría al de abajo, el Otro, paciente, anónimo y sin cara, encarnación de la propia nada. El sodomita activo, cara de la vergüenza, negra inmundicia y torpe imagen; el sodomita pasivo, oculto, anónimo, estéril y *nefandus*: aquello que no se puede decir.

El Otro vaga como un espectro a lo largo y ancho del auto sacramental, "el Otro que siempre es otro y cuyo emblema es un espejo frente a otro espejo" (Fabre, 2010: 16). Dos espejos contrapuestos: imagen del vacío infinito, cara ausente de la nada. El Otro, ambiguo, multiforme, plástico y fantasmagórico, que encarna las versiones, las glosas, los hechos varios y poliédricos de una realidad con la cara oculta (si es que cara tiene): "Y entonces, de una frase de Juana de Herrera se desprende el otro para glosarse en el Otro" (18). ¿Quién es el otro? Es la pregunta *leitmotiv* que resuena como un eco en este retablo de sodomías.

El tropel de voces y versiones no pudo ponerle cara al Otro, oculto bajo la nada. Pero los "testigos de vista" con su (des)concierto de voces, pintan con exuberancia la imagen de la Sodomía: un mulato amanerado en traje de indio,

de blanco jubón, ataviado de cintas multicolores y coronado por una cornucopia de frutos lascivos. “Higos que se antojan bultitos obscenos, manzanas, peras, uvas abandonas y duraznos negros de una belleza insana, frutas que el natural no atreve y el tiempo deprava” (Fabre: 2010, 21). Juan de la Vega, reina de los sodomitas, surge entonces a la manera de una monja coronada novohispana: inmortalizada en un suntuoso retrato el día de su boda con el vicio. Pero las imágenes —como las voces— pueden ser engañosas, ya que “el verdadero retrato de Juan de la Vega es el fondo negro: el retrato de la Nada: apariencia de la Nada donde toda apariencia cesa” (22). La Nada, omnipresente, transmigra y toma diversas formas a capricho:

Sale, de la nada y hacia la nada, la Nada envuelta en uno de sus disfraces de carne. Dice la Santa Doctrina: es la Carne. Dice la Carne: es la Nada. Dice la Santa Doctrina: es la carne de los que nada engendran. Dice la Carne: es la Nada que en la carne pulsa. Dice la Santa Doctrina: es el horror. (23)

Nuevamente la confusión de voces e interpretaciones, imágenes agolpadas en el escenario de la incerteza. La turbamulta se disipa cuando interviene la pluma del escribano, varita mágica que hace de la versión hecho y de la fugaz visión, fósil:

El escribano lee en voz alta un papel que dice: sale, de la nada y hacia la nada, la Nada envuelta en uno de sus disfraces de carne: una carne llamada Juan de la Vega. Es Juan de la Vega el que sale, rodeado de guardias pero sale, encadenado, pero sale a escena Juan de la Vega: el principal actor. (23)

Si por un lado tenemos como protagonistas a la Sodomía/Juan de la Vega y al Otro, ambas caras de la Nada, por otro lado tenemos al Escribano, el artífice-conductor, el que orquesta y anota el madrigal de voces y verbos *dicendi*. Pero el omnipotente Escribano no sólo es el artífice de los supuestos hechos; también es el único capaz de romper el Silencio, eterna sombra de la sodomía. ¿No lo dijo acaso un poeta? “Ese amor que no osa decir su nombre”, ¿No es acaso el “vicio nefando”, aquél que no puede ser pronunciado? El Silencio se impone desde la primera página de esta historia de “asilenciados”: “Sale el Silencio vestido de papeles en blanco: trae puesto un beso atroz: el candado que hiriente atraviesa y mantiene juntos los labios: sale el Silencio y se queda callado durante el resto de la página” (Fabre, 2010: 11).

Aunque el Silencio sólo pueda ser interrumpido por el Escribano “quien lee un papel en voz alta: de cómo decir lo que no se puede decir” (Fabre, 2010: 14), el Silencio es quien inicia y quien termina. Pero la pugna es confusa: el Escribano irrumpe el Silencio, y el Silencio es roto por la memoria: “Dice la Carne: abramos un agujero, abramos una ausencia en memoria de los sodomitas ajusticiados” (40). Paradójicamente la ausencia, un elocuente agujero, es pues la memoria vengadora, restos que se imponen: “Dice el Escribano: a la manera de los agujeros son los sodomitas. A la manera de los agujeros: estigmas de la Nada en la materia” (41). Pero finalmente el concepto-figura de la Nada logra vencer la autoridad del Escribano: “Más nada puede un

escribano contra la Nada, contra la nada todo latín es vano" (41). Así, propongo como imagen final de este recorrido, la silueta del Escribano, encarnación de la "burocracia novelada", sosteniendo entre sus manos pliegos de papel entre los que podemos leer: "De aqueste teatro, que es un libro" y "de aqueste libro, que también es acta" (20).

**"Mas en aqueste incendio, ya nomás te llamas llamas":
Miguel de Urbina**

La rabia del indio Miguel de Urbina, una cólera expresada a través de un acto sacrílego traducido de manera espectacular y aculturada, es el fuego que encienden los "villancicos del Santo Niño de que las quemaduras". El choque entre la conducta sexual lícita y el amor tan intenso como prohibido, provocan una ruptura sexual y moral equiparable a la herejía. El Santo Niño, "mitad estatuilla, mitad secreto; mitad bulto y mitad tiniebla; mitad nacido y mitad naciendo" (Fabre, 2010: 55), es el lienzo en donde Miguel de Urbina pinta su destino con un pincel de llamas:

Miren: una vela encendida: pincel de flamas. Sírvele al indio Miguel el Niño Jesús de Lienzo donde copiar los incendios del amor que el corazón le llagan [...] Y el niño le ilumina un destino: miren: el Niño se vuelve espejo donde el indio Miguel se mira, ay, ardiendo entre futuras llamas. (56-57)

Como en todo villancico, el Dios-niño naciente es adorado. Son los pastores descarriados —travestidos y ardiendo en el fuego que solo se enciende— la devota comitiva que adora al infante divino que nace en llamas: "vayamos, pastoras, al Belén de la repisa: pastoras, deprisa, al Niño fuego prendamos" (Fabre, 2010: 58). El fuego vengador es pues la ofrenda-ofensa: "Santo Niño de lumbre: Centella de nuestra Rabia. Santo Niño de tizones, Santo Niño de flamas: a ver si así comprendes a las que ardemos de ganas" (59). Miguel el indio, Miguel "cuiloni" (el puto, el homosexual), Miguel pirómano, se quema con su propio fuego y arde apoteósico. En estos villancicos no suenan coros angélicos, suenan celestiales escuadras vengadoras: "¡Fuego! En vez de trompetas, cornetas, sacabuches, suenan en este villancico, arcabuces, suenan: ¡Fuego, fuego, fuego! Disparen angélicas milicias, publiquen por los aires, con salvas, con albas, seráficas escuadras, las nuevas de este infierno: ¡Fuego, fuego, fuego!" (60).

De furia y por la furia ajena, ardió el Santo Niño, quien ampollado y tiznado sobrevivió como un recuerdo o reliquia. Y del deseo restaron las cenizas: restos, polvos y memorias.

**"Líquidas nupcias se desposan, lágrimas de semen que preñan":
Gerónimo Calbo**

El "Monumento fúnebre a Gerónimo Calbo, orlado de flores alegóricas y presidido por las estatuas de Apolo y Jacinto", es un bien logrado ejemplo de reutilización, glosa y reivindicación. El poeta retoma el conocido mito de Apolo y Jacinto: mientras ambos amantes jugaban a tirar el disco, el celoso

Dios Céfito (el viento del oeste, enamorado del joven Jacinto) sopló con furia y provocó el impacto del disco en la cabeza del desafortunado joven. De la sangre derramada, incentivada por los gritos de dolor del Dios-amante, nacieron las flores que hoy conocemos como jacintos. La imagen que el poeta nos propone, refuta elocuentemente el discurso oficial —teológico y burocrático— fosilizado. El amor entre iguales no es estéril ni torpe, es fértil y además, renace:

En líquidas nupcias se desposan, la sangre de Jacinto y las lágrimas de Apolo: lágrimas de semen pues lágrimas que preñan y de pronto flores: ¡Flores! ¡De la sangre de Jacinto nacen flores! Flores que mueren al llegar el verano, mortales como Jacinto, flores que renacen al llegar la primavera: inmortales como Apolo. Flores que se debaten entre su padre y su padre, más flores, al fin, que se resuelven vegetal monumento. (Fabre, 2010: 74)

Naturaleza dupla en la igualdad, trágico amor que da fruto, regeneración continua contra todo pronóstico. Vegetal monumento que embellece y dignifica los restos del joven mestizo de 23 años, Gerónimo Calbo. Convertido en residuos, de sus cenizas florecen palabras, conceptos e imágenes.

Las cenizas como restos

La reinterpretación poética del mito de Apolo y Jacinto que Luis Felipe Fabre aplica al “cuento de verdad” de Gerónimo Calbo, va perfectamente al encuentro de lo que podría ser la conclusión de estas páginas: de las cenizas, de los restos de la basura incinerada, pueden surgir nuevas vidas. Las historias de vida de este grupo de hombres, convertidos en polvo y cuya única culpa fue vivir en concordancia con su particularidad, han sido el abono que ha alimentado nuevas historias. La historia, o las historias, de la persecución a los sodomitas novohispanos de 1657 a 1658, son el ejemplo de que “todo lo perdido regresa travestido de otra cosa” (Fabre, 2010: 75). Ejemplos de que “todo regresa, pero traducido en otra lengua” (75).

En estas páginas, más que presentar hipótesis directas, me he propuesto observar y señalar diferentes tipos de mecanismos para así presentar lecturas alternativas sobre los mismos. Tomo pues como punto de partida un caso de archivo histórico que me parece pertinente como caso de estudio y que a mi entender, ilustra claramente mecanismos que son dignos de comentario. De esta manera y en primera instancia, la lectura que hago de estos documentos es literaria, antes que histórica o legal.

Así, presento una descripción y contextualización de los hechos con base en lo anotado en las fuentes, para posteriormente proponer dos lecturas posibles. En primer lugar, la manera como la burocracia virreinal, en cuanto que maquinaria de al menos dos tipos de sistemas (uno colonial y otro heterocentrista) construye y activa discursos que permiten justificar la eliminación de grupos entendidos como residuales. Es decir, aquello que no le sirve al sistema y que por ende pasa a ser un elemento incómodo o amenazante para el equilibrio del mismo. En este sentido, el concepto de “basurización” que

propongo, puede ser entendido de manera literal (según rezan las fuentes), pero también en sentido figurado.

En segundo lugar, y en relación con el punto anterior, propongo el concepto de "burocracia novelada". A través de este concepto, intento poner en evidencia las retóricas propias —no objetivas y de tipo interpretativo— observables en algunos discursos burocráticos y que se muestran como una visión parcial de los hechos, como interpretaciones y glosas del que anota, o llanamente como anotaciones tendenciosas. Con base en esos discursos o anotaciones —de tipo superfluo, sobrante o inclusive, innecesario— los hechos concretos pasan a tener otra dimensión que los vuelve susceptibles de ser novelizados o poetizados.

Así, y una vez expuesto todo lo anterior, comento la manera como gracias a esas informaciones superfluas y subjetivas que aparecen en el acta burocrática, pueden surgir procesos de reciclaje y reutilización temática y conceptual que permiten expandir hechos, imágenes y significados. Es pues en esta coyuntura, que abordo y comento brevemente algunos trabajos académicos y, con un poco más de detalle, la obra poética de Luis Felipe Fabre, que viene a ser el resultado de una reutilización del material dado por este caso de "burocracia novelada". Finalmente, estas páginas —que también reutilizan y reinterpretan restos— pretenden ser no sólo una aportación más sobre el asunto, también se pretende que sean un gesto de memoria contra el silencio: palabras en memoria de aquellos que, parafraseando a Fabre, no tienen más tumba que el viento de la Ciudad de México.

BIBLIOGRAFÍA

- AHMAD, Aijaz (2008), *In Theory: Nations, Classes, Literatures*. Londres, Verso.
- BERCO, Cristian (2009), *Jerarquías sexuales, estatus público. Masculinidad, sodomía y sociedad en la España del Siglo de Oro*. Ester Cano Miguel (trad.). Valencia, PUV.
- CALABRESE, Omar (1987), *La era neobarroca*. Madrid, Cátedra.
- COVARRUBIAS, Sebastián (1611), *Tesoro de la lengua castellana o española*. Madrid, Imprenta de Luis Sánchez.
- ECHEVARRÍA, Bolívar (2000), *La modernidad de lo barroco*. Ciudad de México, Era.
- FABRE, Luis Felipe (2010), *La sodomía en la Nueva España*. Valencia, Pre-Textos Poesía.
- FIGEROA SÁNCHEZ, Cristo (2008), *Barroco y neobarroco en la narrativa hispanoamericana*. Bogotá, Universidad de Antioquía y Pontificia Universidad Javeriana.
- FLORES MELO, Raymundo (2000), "Casos de sodomía ante la inquisición de México en los siglos XVII y XVIII", *Inquisición Novohispana X*, vol. 33, pp. 45-61.

- GARZA CARVAJAL, Federico (2002), *Quemando mariposas. Sodomía e Imperio en Andalucía y México. Siglos XVI y XVII*. Lluís Salvador (trad.). Barcelona, Laertes.
- GRAEBER, David (2015), *La utopía de las normas. De la tecnología, la estupidez y los secretos placeres de la burocracia*. Joan Andreano Weyland (trad.). Barcelona, Ariel.
- GRUZINSKI, Serge (1985), “Las cenizas del deseo. Homosexuales novohispanos a mediados del siglo XVII” en Ortega, Sergio (ed.) *De la santidad a la perversión o de por qué no se cumplía la ley de Dios en la sociedad novohispana*, Ciudad de México, Grijalbo.
- GUIJO, Gregorio Martín (1986), *Diario 1648 – 1664 (2 vols.)*. Ciudad de México, Porrúa.
- MASINI, Eliseo (1621), *Sacro arsenale, ossi pratica dell’officio della Santa Inquisizione*. Génova.
- NARANJO, Rodrigo (2004), “Barroco latinoamericano y formación de la razón burocrática contemporánea”, *Revista de crítica literaria Latinoamericana*, n.º. 60, pp. 295-310. DOI: <<https://doi.org/10.2307/4531349>>.
- NOVO, Salvador (1979), *Las locas, el sexo y los burdeles*. Ciudad de México, Diana.
- PADGEM, Anthony (1998), *Spanish Imperialism and the Political Imagination*. Yale, University Press.
- RUBEL, Maximilien (1970), *Karl Marx, ensayo de biografía intelectual*. Saul Karsz (trad.), Buenos Aires, Paidós.
- RUBIO MAÑÉ, Jorge Ignacio (1983), *El virreinato: orígenes y jurisdicciones, y dinámica social de los virreyes*. Ciudad de México, UNAM – FCE.
- TEMPRANO, Emilio (1994), *El árbol de las pasiones. Deseo pecado y vidas repetidas*. Barcelona, Ariel.
- TODOROV, Tzvetan (1982), *La Conquête de l’Amérique: la question de l’autre*. París, La Seuil.
- VILLASEÑOR Y SÁNCHEZ, Joseph Antonio (1748), *Theatro Americano. Descripción general de los reynos y provincias de la Nueva España*. Ciudad de México, Imprenta de la viuda de don Joseph Bernardo de Hogal.
- WHITE, Hayden (2003), *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Verónica Tozzi y Nicolás Lavagnino (trad.). Barcelona, Paidós.